

El Amigo del Obrero

ÓRGANO DEL PATRONATO DE LOS SS. CC. DE SANTIAGO

— Con licencia de la Autoridad Eclesiástica

AÑO II

Domingo 10 de Agosto de 1913

Núm. 24

Amor al trabajo

¡Oh! cuán dura palabra es el trabajo! El trabajo en efectivo significa esfuerzo, fatiga, sufrimiento. No es lo mismo estar ocupado que trabajar.

Es indudable que todo el que trabaja, está ocupado; mas no todo el que está ocupado, puede decirse que trabaja.

Hay ocupaciones que están mas cerca de la ociosidad que del trabajo. El trabajar supone vencer alguna dificultad!

Trabaja quien aplica de intento y con constancia su actividad espiritual o corporal, o una y otra, a la consecución de algún fin.

Cierto que no toda clase de trabajo es igualmente penoso, y que hay trabajos que por su naturaleza, o porque el que los ejecuta ha adquirido cierta disposición para ello, no suponen grande esfuerzo, sin embargo, en todo tiene el hombre que vencer la resistencia, mayor o menor, que opone la naturaleza corrompida, a la cual repugna todo esfuerzo perseverante.

No puede negarse que hay ocupaciones que al fin llegan a fatigar, no tanto por el empleo de las fuerzas, como por la continuidad del esfuerzo que suponen, o por el decaimiento que sucede en el hombre a la actividad sobreejitada.

¿Pero es necesario trabajar?

Sí por cierto, amigo mío. Todos los hombres estan sometidos a la ley del trabajo. El hombre ha nacido para trabajar, así como el ave para volar.

Desde que el hombre se rebeló contra Dios; desde que osadamente le dijo: No te serviré; desde que violentamente tomó posesión de lo

que Dios le había prohibido tocar; desde que se arrogó un derecho absoluto sobre las criaturas que el Creador le había entregado con ciertos límites para su propia utilidad; desde aquel punto la creación se levantó contra él, y el hombre se vió obligado a adquirir con su trabajo, no solo el sustento de su cuerpo, sino los medios con que satisfacer las necesidades de su espíritu. Con lágrimas y sudor tiene que ablandar la dura tierra; apenas logra algún fruto sin trabajo, apenas alcanza alguna satisfacción sin largos esfuerzos.

¡Cuánto mayores son los esfuerzos que supone la cultura intelectual y moral!

Con el sudor de tu rostro comerás el pan. ¿Oyes la sentencia? En nuestro primer padre fué pronunciada contra todos nosotros, y desde entonces el hombre ha nacido para trabajar. El trabajo en esta vida forma en cierto modo parte de la naturaleza humana; es una parte esencial del destino del hombre en la tierra. El hombre no puede ni debe sustraerse a esta ley. Si se sustrae a la ley, se destruye, pone en peligro su vida, su verdadera dicha, su dignidad, compromete su semejanza con Dios, cae en la inacción, y sus facultades se embotan.

¿Dónde, en qué esfera de la actividad humana se ha obtenido algún fruto sin esfuerzo, sin trabajo y aplicación? ¿No ves los callos en las manos del artesano que desea adquirir una posición desahogada?

¿No ves las huellas del trabajo constante en los rasgos severos de la fisonomía del genio, del verdadero artista, del maestro en el arte de pensar y de hablar? ¿No ves como el hombre de ciencia pasa las noches en el estudio y solo a costa de todo género de esfuerzos

penetra en las profundidades de la ciencia? La verdadera cultura, la propia perfección son imposibles sin trabajo, sin esfuerzo y sin lucha.

Conscientes y consecuentes

Conversación interesante entre dos obreros

JUAN.—¿Quieres decirme, amigo mío, quiénes son los que defienden el régimen socialista?

ANTONIO.—Son tantos, tantísimos... que no acabaría nunca de contarlos.

JUAN.—Pero, dime. ¿son todos consecuentes? Es decir, ¿aplican sus teorías a la práctica, viven en conformidad con sus doctrinas socialistas?

ANTONIO.—¡Ya lo creo! Es natural; sino sería engañarnos villanamente; serían unos farsantes.

JUAN.—Amigo mío, permíteme que te llame cándido e *inconsciente*. Tú te has dejado arrastrar por las palabras sonoras de los oradores socialistas; pero no te has tomado la molestia de comparar su manera de vivir con su manera de hablar.

ANTONIO.—No estoy dispuesto a sufrir insultos de nadie. Llámame, si quieres, perro, judío, moro o demonio; pero no me llames *inconsciente*, si quieres que acabemos en paz.

JUAN.—Perdona y ten calma, no he tenido intención de ofenderte; no me acordaba que los jefes socialistas tienen mucho cuidado de llamar a los suyos *conscientes*, sin perjuicio de engañarlos como a chinos y tratarlos como a borregos. Vamos a cuentas. Ellos nos dicen que no debe existir propiedad particular, sino que todo debe pasar a poder del Estado, que debe ser el único y el gran propietario. Y ahora, yo pregunto: ¿Por qué quieren ellos poseer particularmente y ser ricos? ¿Por qué se afanan por conservar y aumentar sus riquezas hasta llegar algunos a ser millonarios?

¿Por qué nos exigen dinero para propagandas, siendo así que ellos viven espléndidamente y nosotros apenas podemos sostener la familia con lo poco que ganamos?

ANTONIO.—La verdad, que yo no entiendo esto; como no sea para hacernos *conscientes*.

JUAN.—¡Qué *conscientes*, ni qué calabazas! Lo que tratan es de engañarnos con esas palabras para sacarnos los cuartos y vivir a costa nuestra, y llamándose redentores del obrero lo estrujan todo lo que pueden.

ANTONIO.—No seas exagerado, hombre. Y no hables así delante de gente que, si se enteran, te van a descomulgar y echarte de la Casa del Pueblo.

JUAN.—Otro engaño; llaman Casa del Pueblo a un lugar donde dominan don Pablo con unos cuantos que están a su servicio, y a los que nos permitimos pensar y ajustarles las cuentas, nos echan fuera. Si esto no es despotismo venga Dios y véalo.

ANTONIO.—No seas exagerado, hombre. Sigue y habla bajo.

JUAN.—¡Qué exageración, ni qué calabazas! Estoy hasta la coronilla del despotismo de los jefes, de su falta de sinceridad, de esa opresión en que nos tienen, de no querer que pensemos ni nos enteremos de nada. ¿Por qué en la Casa del Pueblo no habían de ir periódicos de todas las ideas, para que todos nos enterásemos de las distintas opiniones y escoger entre ellas las que nos pareciesen mejor?

ANTONIO.—La verdad: parece que tienes razón.

JUAN.—Mira, hoy he leído en un periódico que he comprado en la calle, que Bebel, ese jefe socialista de los alemanes, es millonario; que Jaurés, el jefe de los socialistas franceses, también vive como un príncipe y tiene casas de campo; que Vandervelde, el jefe de los socialistas belgas, también es muy rico, y que un tal Engels, otro socialista que ya murió y era no sé si pariente de Carlos Marx, dejó al morir más de cuatro millones de reales, no para los obreros, sino para su familia.

ANTONIO.—Hombre, eso no será verdad.

JUAN.—Pues yo creo que debe ser verdad, porque ya ves, Pablo Iglesias vive como un gran señor; Lerroux tiene muchos millones; el mismo Vandervelde, cuando vino a Madrid, vivía en el hotel Ritz e iba hecho un burgués a hablarnos a la Casa del Pueblo.

ANTONIO.—La verdad; sabes que estoy sospechando que eso del socialismo es un engaño-bobos...; pero habla bajo, no sea que...

JUAN.—Yo digo, si es verdad, cómo los jefes nos predicán que *la propiedad particular es un robo* ¿cómo es que todos ellos tratan de ir adquiriendo riquezas y más riquezas? ¿Tú crees que si cualquiera de ellos tuviera una herencia de un millón de pesetas o le tocara unos cuantos miles de duros en la lotería, los rechazaban o los aceptaban para distribuirlos entre los pobres obreros que ganamos veinte pesetas a la semana?

ANTONIO.—Toma, eso nadie lo hace. ¿Lo harías tú?

JUAN.—Que no lo hagan los que admiten la propiedad como cosa natural, justa y necesaria para la vida social, nada tiene de extraño, pues obran en conformidad con sus ideas; pero que no lo hagan los que claman y truean contra la propiedad, es no ser *consecuentes*, es ser unos *farsantes*.

ANTONIO.—Chico, chico; te pones terrible, eres muy exigente.

JUAN.—Yo no soy exigente ni me pongo terrible, sino que creo que cada cual debe arreglar su conducta a sus ideas, y si nuestros jefes afirman que la propiedad particular es un robo, ellos no deben tener propiedad aunque los demás la tengan. Si yo creyese que era una cosa mala desayunarse con aguardiente, aunque todos se desayunasen con él, yo no lo bebería.

ANTONIO.—Y entonces, ¿cómo iban a vivir?

JUAN.—Pues muy sencillo, viviendo al día como vivimos tú y yo, ganando el jornal y trabajando; pero a Pablo Iglesias desde que es jefe, presidente y diputado socialista, mal-dita la gracia que le hace el trabajo mecáni-

co, y no ha vuelto a componer una línea, y eso que continúa diciendo que todos somos iguales y no se contenta con recibir diariamente como sus antiguos compañeros, los obreros tipógrafos, tres, cuatro, seis u ocho pesetas. Mientras nosotros nos pasamos el día en las minas, él hace de *leader*, viaja, echa discursos, asiste a banquetes y brinda por la igualdad de todos. Me parece que la igualdad no se ve por ninguna parte.

ANTONIO.—La verdad...

JUAN.—Y es el caso que los jefes viven espléndidamente y aumentan sus riquezas, mientras nosotros tenemos que dejar para ellos parte de lo que ganamos con el sudor de nuestro rostro. Para eso son las cuotas, las suscripciones, los donativos... y demás procedimientos de sacarnos los cuartos. En una palabra, nuestros jefes son unos *inconscientes* y unos *farsantes*, porque predicán una cosa y hacen la contraria y viven a nuestra costa. Y nosotros somos unos... no te incomodes, unos *inconscientes* que nos dejamos conducir como borregos.

ANTONIO.—La verdad, chico, la verdad.

CRÓNICA DEL PATRONATO

La fiesta del R. P. Aloísio

La fiesta celebrada el Domingo 27 de Julio en honor del querido capellán del Patronato, resultó espléndida; y no podría haber sido de otro modo, ya que era la expresión del cariño sincero que los directores y obreros sienten por el Padre Aloísio.

Fué preparada y dirigida por Don Tomás Cortés. Es esta la mejor alabanza que de ella podemos hacer.

A las cuatro de la tarde el hermoso Salón de Honor del Colegio de los Sagrados Corazones se vió completamente lleno por los alumnos de ambas Escuelas y sus familias. Pocos momentos después llegaba el R. P. Aloísio

que fué recibido en medio de cariñosos aplausos y estruendosos vivas. Tomó colocación en el palco principal. Lo rodeaban el Rector del Colegio, R. P. Cipriano, don Alejandro Valdés Riesco, el R. P. Juan, Redentorista, don Manuel S. Fernández, todos los Padres de la Congregación y los Directores del Patronato. En uno de los palcos tomaron colocación los miembros del Centro Dramático «La Sagrada Familia».

Cada uno de los números del programa fué aplaudido con entusiasmo.

La manifestación fué ofrecida por Marcial Cortés en un hermoso discurso en que expresó con elocuencia cuanto agradecían los obreros al R. P. Aloisio los sacrificios que realizaba por alcanzar su felicidad.

En la parte musical la Orquesta recién organizada, alcanzó un triunfo brillante en la ejecución de los diversos trozos con que amenizó la fiesta. José del Rosario Paredes conquistó muchos aplausos en el solo de violín que tocó con admirable corrección.

No podemos recordar a la Murga Gadetana sin contener la risa. ¡Y no es para menos! Es imposible permanecer indiferente al figurarse a Nanjarí vestido de su largo levitón y su kepí encarnado, dando golpes desatinados al bombo después de cada una de las piezas tan bien ejecutadas por la Murga, y dirigida con tanta gracia por su enmascarado Director (léase Tomás Cortés).

Las dos comedias, Los Bombones y El que la hace la paga, nos hicieron reír de muy buena gana. Ese viejo maestro de Escuela, con sus estornudos, su carraspera, sus graciosos temores al ratón, demostró ser un cómico excelente, que fué muy bien secundado en su éxito por los hermanos Acevedo, Aldana, José Villamandos y demás alumnos de la Escuela Diurna.

Se nos olvidaba mencionar el saludo de los alumnos de la Escuela diurna hecho con tanta naturalidad que desorientó a la concurrencia cuando de la platea salieron voces contradiciendo al que se encontraba en el proscenio.

Al terminar la fiesta el R. P. Aloisio pronunció un hermosísimo discurso agradeciendo en palabras llenas de delicados sentimientos la manifestación de que había sido objeto. Cada una de las frases de su espléndido discurso era aplaudido con entusiasmo: los directores y los alumnos recogían con cariño las tiernas palabras que salían del corazón bondadoso de su querido capellán.

Don Manuel S. Fernández

Hacia mes y medio que no teníamos el gusto de estar con nuestro querido Vice-Presidente.

¡Qué grata sorpresa fué para nosotros su venida!

Desgraciadamente el gusto fué de corta duración; pues llegó el Sábado 26 para regresar a Valparaíso el Lunes siguiente por la tarde.

De lo bueno, poco.

La Orquesta

Ha quedado ya organizada la orquesta del Patronato. Toman parte en ella los Señores Eduardo Núñez, J. Luis Monge, Adriano Raveau, Damián Miquel, Marcelino Cabezas, Fernando Silva, Domingo Rojas y José del Rosario Paredes.

El Miércoles pasado fué muy aplaudida en la función a beneficio del Patronato que tuvo lugar en el Biógrafo «Carmen» a fin de obtener la plata que necesitábamos para cancelar los dos meses de arriendos atrasados de la casa del Centro Obrero.

Nuestras felicitaciones a sus organizadores, y especialmente a Domingo Rojas y José del R. Paredes que han sido la base de ella.

